TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL HABITO DE LLAMAR «TRAIDOR»

LOS BUENOS Y LOS MALOS

DIAS pasados, oí exclamar a cierto personaje: «¡Ah! Esos son los malos», refiriéndose a gentes que dentro del respeto a la legalidad, discrepan o critican determinados aspectos de la política oficial. Con un sentido paternalista, propio de director de colegio pre-conciliar, los alumnos —los españoles en este caso— se dividían para él, en buenísimos, buenos, malos y malísimos, según miraba de derecha a izquierda, desde el púlpito en que, inspirado por el espíritu santo, otorgaba no sólo la ciencia infusa de la verdad política, cristalizada en dogma, sino la facultad de excomulgar a cuantos no aceptaran dócilmente el juego exigido, sin reservas mentales, sin actitudes críticas, sin análisis previos y sin discurrir por cuenta propia. Todo eso lo hacen, en cambio, los buenísimos y aun los buenos. Y por eso tienen derecho a ciertas ventajillas, algunas prebendas, privilegios protectores, y quién sabe si, llegado el caso, complacencias electorales. Los malos, en cambio, como alumnos díscolos, no tendrán derecho a nada. No se llegará a expulsarlos del colegio, como hubo de hacerse con los malísimos, porque corrompían con su mal ejemplo a los demás. Pero, con objeto de escarmentarlos bien, a los malos, se hará en el boletín del colegio —que está pagado por todos los alumnos, incluidos los malos y los malísimos— una página para ridiculizarlos.

Todo alumno que no es bueno o buenísimo es además, por definición, «traidor». ¿Traidor a qué? Traidor al espíritu del colegio, definido por el oficiante. Esta semática de la traición, muy arraigada en el diccionario de los mitos hispánicos, forma parte de la escala de valores que el mando del colegio utiliza para el manejo y disciplina de los escolares. ¡Ahí es nada, acusar o verse acusado de traidor en este país! La injuria se propala con generosidad, a troche y moche, porque ¿quién se privaría de ese lujo gratuito, visto que impunemente se emplea desde tribunas que debieran ser más responsables? La historia de España es un catálogo interminable de recriminaciones traicioneras mutuas a través de los siglos. Y yo me pregunto a veces: ¿Fueron traidores los hombres de Numancia y Sagunto o lo eran quienes apoyaban al victorioso poder de Roma? ¿Fueron traidores quienes se unieron a los visigodos invasores o los que resistieron a los bárbaros? ¿Era traidor el Cid a su Rey o Alfonso VI a su mejor caudillo? ¿Fueron traidores los que siguieron al Rey don Pedro de Castilla o los que lucharon por el bastardo Trastamara? ¿Los que querían al Conde de Urgel frente al de Antequera, eran leales o traidores al espíritu de la Corona de Aragón? Y así sucesivamente... ¡Qué interminable relación la de los traidores y las traicionerías de nuestras polémicas y guerras civiles pasadas!

¿Eran traidores los comuneros de Castilla vencidos en Villalar o lo fueron los seguidores del Emperador que llevaron a los caudillos populares al patíbulo? ¿Quién fue traidor? ¿Juan de Lanuza, que murió por defender los privilegios aragoneses, o los soldados que envió Felipe II a Zaragoza para acabar con la rebelión y ajusticiar al Justicia? ¿Quién fue traidor en España, entre 1700 y 1715? ¿Los que defendían la causa del Archiduque Carlos o los que peleaban por Felipe de Anjou? ¿Fueron traidores los afrancesados que colaboraron con José Bonaparte o lo fue Fernando VII que adulaba a Napoleón desde su retiro de Valença pidiéndole la mano de su sobrina? ¿Y qué decir de la epopeya hispano-americana que convirtió en veinte naciones independientes a los pueblos y tierras de nuestro Imperio de Ultramar? Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, el mariscal Sucre, ante cuyas estatuas en España o en América nos inclinamos hoy, respetuosos, ¿eran traidores o eran patriotas de un patriotismo distinto y nuevo que brotaba del íntimo sentir del alma hispánica, como forma de entender la vida y el mundo? Los exiliados numerosos que vivieron en Gibraltar, en Londres, en París, en Roma, durante todo el siglo XIX, absolutistas, liberales, republicanos, moderados, demócratas, ¿eran realmente traidores? Recibieron, sin excepción, en su momento, el tremendo remoquete escupido por alguien que en la siguiente vuelta de la ruleta política marchó del poder al exilio para ser acusado de lo mismo.

¡Cuántos «malos» y «malísimos» hubo en nuestro pasado! ¡Cuántos «buenos» y «buenísimos» también, a los que más tarde la historia exigió cuentas y clasificó con su juicio inapelable! ¡Qué largo espectáculo de barbarie celtíbera, de estupidez y de crueldad, este motejarse, unos a otros, de traidores a la patria común, a la que desde diversas posiciones sirvieron estos antepasados nuestros, con abnegación, con nobleza, con buena fe, con heroísmo muchas veces! Talleyrand, que era inteligente y cínico, escribió aquello de que la traición era un problema de fechas y hay que reconocer que él anduvo siempre ágil en el manejo del calendario. Graham Greene, que ha sabido, como pocos escritores contemporáneos, dosificar la ética con la ironía, al modo anglosajón, dijo en su memorable discurso de Aquisgrán que, en política, la traición era un vocablo que los enemigos utilizaban peyorativamente para calificar la lealtad de sus adversarios a un principio superior. Y el novelista británico se refería en sus palabras a los jefes y oficiales germanos que conspiraban durante la guerra para derrocar a Hitler y que fueron despiadadamente ejecutados por el dictador austríaco que, en su esquizofrenia de megalómano, identificaba a la patria con su persona y llamaba traidores a cuantos alemanes se negaban a seguir alimentando el delirante holocausto final.

• • •

España no es un colegio de párvulos, ni un establecimiento de enseñanza media. Es una nación desarrollada del mundo, industrial de Occidente, con los problemas y las tendencias y aspiraciones que corresponden a ese tipo de sociedad. Los españoles no se dividen en buenos y malos, ni en traidores y leales, sino en ricos y pobres; en jóvenes y en viejos; en campesinos y en residentes de ciudad, en religiosos e indiferentes; en habitantes de meseta y de periferia; en residentes de tierras húmedas y de tierras secas; en emigrantes y en sedentarios; en trabajadores de la industria, de la agricultura y de los servicios; en funcionarios y profesionales liberales; en intelectuales o en artesanos manuales. Esas y cien más que pueden añadirse, son características diferenciales de nuestra población. Sobre ellas ha de construirse la rica pluralidad de nuestra convivencia humana y política que será tanto más equilibrada y estable cuanto más se acerque al modelo real de la compleja existencia popular, hecha de infinitos matices, pero no de simplismos infantiles.

Para que nuestras instituciones públicas tengan auténtico arraigo en el porvenir hay que empezar por la base, es decir, por mejorar la educación cívica de los españoles. El mutuo respeto es uno de los puntos de partida de esa educación. Escuchar los razonamientos ajenos y tratar de integrar sus argumentos en el juego dialéctico de la totalidad es el primer deber del gobernante democrático. Solamente con ello, podrán aceptarse por la gran mayoría de la población, las coordenadas de la legalidad, que por definición no han de ser ni excluyentes, ni discriminadoras, como es el caso de los sistemas de la ideocracia totalitaria.

Hagamos una España en la que no haya «buenos», ni «malos» y que sea por eso mismo una España mejor. Desterremos de nuestras arcaicas costumbres el hábito de llamar «traidor» al vecino o de inculparlo de ilegalidad simplemente porque formula advertencias críticas, o aspira a repartir mejor la riqueza o desea cambiar la situación de las cosas; o lucha por la justicia, o defiende las libertades del hombre, ó quizás porque se niega simplemente a tomar parte en «el coro de los grillos que cantan a la Luna», que describiera el poeta en sus horas de plenitud.

Seamos leales a nosotros mismos, a nuestra conciencia de ciudadanos, a nuestra solidaridad social profunda y hagamos que ésta sea tan extendida y tan generosa que se identifique con todos los problemas que atañe esencialmente a la vida y al futuro de nuestro país.

Sólo así podrá decirse con verdad que somos leales a España.

José M.ª de AREILZA

UNA IDEA INFERNAL

TEORIA DEL CINTURON

PARA el hombre de la calle, todo eso que llamamos «economía» se está convirtiendo en un lío cada vez más espeso, más arduo, casi enigmático. Los problemas, desde luego, son visibles, literalmente palpables, y la palabra «crisis», por ejemplo, si los engloba e incluso define, no sirve de gran cosa a la hora de ayudar a la comprensión de los hechos. Las explicaciones técnicas, cuando de veras lo son, tienen la pega de situarse a un nivel de análisis y de debate que, ya en sí, resulta sospechoso o, cuando menos, insatisfactorio: suelen tender, a veces, a justificar intereses muy concretos, o a combatirlos, que lo mismo da, y a veces, derivan hacia las formas tradicionales del arbitrismo. En el orden práctico, no hace falta decirlo, el desconcierto es total, y los encargados de legislar sobre la materia, en todos los países, coinciden en la perplejidad y en la táctica del remiendo improvisado. Me estoy refiriendo al área capitalista, sobre todo; en la otra, por lo demás, tampoco atan los perros con longanizas, aunque sus planteamientos han de ser necesariamente distintos. Por lo que afecta al lado de acá, en concreto, podría atribuirse el malestar, o el caos, a la estricta condición del «sistema». Con ello, sin embargo, no quedaría agotado el tema, ni mitigado el desastre. Porque de desastre hablan, a ratos.

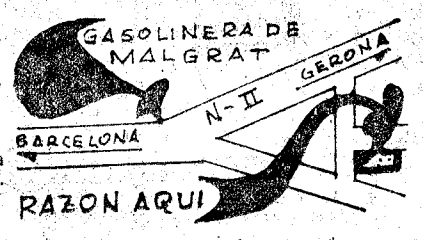
Las sufridas muchedumbres subalternas, por supuesto, acusan las consecuencias. Sin entender lo que ocurre. Quizá los que estamos colocados —un poco más arriba, un poco más abajo— en este vastísimo sector social nunca hemos sabido lo que ocurre. Para nosotros, los bandazos de la «economía» tienen la apariencia de una intemperancia cósmica: algo así como una sequía, un terremoto, un diluvio, un huracán, o, en las pausas afables, lluvias discretas, calores moderados, vientos amistosos, y todo eso que hace que las cosechas rindan, los retrenos se multipliquen y las familias no se mueran de hambre. Esta concepción aproximadamente paleolítica de los ciclos —¿ciclos?— económicos continúa en vigor. Los precios y los jornales, el trabajo y el paro, la comida y el ayuno, y el resto —que es todo— dan la impresión, en sus altibajos, de ser unas peripecias incontrolables, fatales, y durante siglos han sido puestas a la cuenta de la voluntad providencial de Dios Nuestro Señor. Hoy, la mayoría de la población civil ya ha abandonado la idea, indiscutiblemente blasfema, de echarle las culpas y las gratitudes a la Divinidad. La vida y la muerte de los hombres es, ante todo, una cuestión de los hombres. Pero a partir de ahí todo se hace más confuso. «Dios lo quiso» es una fórmula aceptable, desde ciertas premisas religiosas. Si no metemos a Dios en ello, ¿quién lo quiere?

Hablan de la «inflación», de la «energía», del «consumo abusivo», de... Es igual: son términos y embrollos seguramente válidos, pero que el arquetípico «hombre de la calle», el contribuyente irremediable, apenas consigue desentrañar, por muy asiduo que sea como lector a las páginas económicas de su periódico. A este individuo de segunda fila lo único que le llega es la consigna, que, naturalmente, ha de compaginar con su personal como composición de lugar como protagonista de empleo y sueldo. Durante una temporada le instan a comprar, pongo por caso; luego, a que se apriete el cinturón. Ignoro si lo de «apretarse el cinturón» es un modismo celtibérico, o si tiene traducciones tan espantosamente gráficas en los idiomas de fronteras a fuera. Lo de «¡compre usted!» nunca me pareció mal, mientras la gente pueda comprar. La «sociedad de consumo» será tan absurda como se quiera desde el ángulo de la producción: es muy digna de agradecimiento desde el ángulo del consumo. Sus debeladores, señoritos «consumistas» por lo general, hacen trampa, una odiosa trampa al predicar el ascetismo. No hemos venido a este mundo a «privarnos» del mundo, sino a sacarle el poco juego que podamos y sepamos, para hacer de nuestra vida una «vida humana». Y una lavadora eléctrica contribuye a ello: que se lo pregunten a las amas de casa...

Cito la lavadora, y habría mucho más que citar, y no descarto los artilugios calificados de «nefandos», como el televisor o el automóvil. Con éstos y otros chismes, «gadgets», sopas en polvo o en bote, alimentos congelados, muebles cómodos, discos de diversa música, un libro barato, calefacciones, teléfonos, farmacias, transistores, nos alejan de la prehistoria. ¿Qué son artefactos «alineantes»? Sí y no: como todo artefacto, desde la rueda o la palanca al cocido o a un soneto del Petrarca. ¡Cómo si la humanidad no hubiese estado más «alineada» antes del «consumo»! Es abradacabradante la estupidez «a-histórica» de quienes juegan con estos argumentos. Y si, de paso, la «ecología» padece lo suyo, paciencia. No se puede tener todo, en esta vida, según parece. Hay que «pagar». Lo curioso es que, para «salvar» unos presuntos «valores» que acostumbran a calificar de «humanos», y no sé por qué, se pretende que las clases menos afortunadas se aprieten el cinturón. Es una idea infernal. El simbólico «cinturón» siempre dio de sí lo que pudo dar: su límite es el bolsillo. Y es muy lógico que nadie se resigne a las restricciones si no son inevitables, quiero decir, si no las impone la miseria del «poder adquisitivo» de cada cual. Uno gasta a su medida para «vivir mejor». Las prédicas de la austeridad han sido un fracaso terminante. Apretarse el cinturón sería «ahorrar». ¿Y para qué?

Ultimamente, en algunos papeles de Francia, leo que ya empiezan a levantarse voces para remozar el «consumo». El tinglado industrial y mercantil entraba en vía muerta. Si la ciudadanía se apretaba el cinturón, los negocios se enfriaban. Las fábricas, ante la retracción de la demanda, frenaban su actividad: menos horas de trabajo para sus obreros, despidos, salarios recortados. El «paro» no es un fantasma, en la Europa de los «milagros». Y aún así, la producción pasa a ser una hipoteca onerosa para el empresario: ¿qué hará con sus «stokcs» acumulados? La propuesta es «relajarse el cinturón». Si no me equivoco, hasta monsieur Mitterrand —el socialdemócrata de oficio— se inclina por esta ¿solución? Ya se ve que no es ninguna «solución». En este Valle de Lágrimas nunca habrá «soluciones», y las utopías son sólo utopías. Pero se intenta salir del «impasse». Los economistas no dan respuestas útiles, porque la economía no depende de los economistas, sino de quienes necesitan vender, y para vender ha de haber alguien que desee y tenga posibilidades de comprar, y etcétera, etcétera. ¿Que no es tan sencillo como digo? Ya lo sé. ¡Y tanto! La actual parálisis del Occidente económico descansa sobre una serie de contradicciones alucinantes. Pero, entre ellas, lo del «apretarse el cinturón» no acaba de ser concluyente, por lo que se ve. Uno se aprieta el cinturón cuando no puede hacer otra cosa, por un lado; y por otro, si todo nos apretamos el cinturón, las tiendas se quedan sin clientes, y lo que hay detrás de las tiendas... Me temo que estas reflexiones expeditivas tropiecen con el desdén de los economistas académicos. Será un desdén taimado, hipócrita. Yo no me meto en su terreno, cuya complejidad me horroriza. Sólo apunto la inocente respuesta del «hombre de la calle»... Eso del «cinturón» es una tomadura de pelo. Tanto si se nos convida a apretarlo o a desapretarlo. Lo importante para «ellos» es el negocio.

Joan FUSTER

MALGRAT
Venta de Pisos
de 3-4 dorm., con jardín, parque infantil, situados a 500 m. playa - recién terminados
De 2-3 dorm., con instalación completa de electrodomésticos situados a 60 m. playa
Entrada 200.000, resto facilidades
¡VEALOS PARA COMPARAR!


LAXEN BUSTO
LAXANTE CAMPEON

Inglés en Inglaterra
Anglo-Continental Educational Group les ofrece 10 excelentes escuelas de idiomas – diferentes en tipo de cursos, duración de cursos y precio – en Londres y en la región de Bournemouth.
Documentación sin compromiso para Interschool Information Service, Sr. B. Tanner, Calle Gerona 174, s.át. 1 a, Barcelona 9, Teléfono 257 39 45 (20.00–22.00 h.)
Señor / Señora / Señorita _____ Nombre _____ V - 20 - VII
Calle _____ Domicilio _____

CONTENGA SU HERNIA
con el moderno aparato HERNIUS AUTOMATICO, minúsculo, cómodo y sin tirantes que se lleva sin notarse. Bajo prescripción facultativa. (C. P. S. 1369)
GABINETE ORTOPEDICO HERNIUS
34, Rambla de Cataluña, 34, pral. BARCELONA - 7
Montera, 32, 2.° MADRID - 14

Señoras y señores
Oferta de azulejos resto de exportación desde 2'50 ptas. decorados. 2 ptas. lisos. Plaqueta 10 x 20, 300 ptas. m.2. Pavimentos 20 x 30 desde 500 ptas. Para verlos en TOT CERAMICA. C. Juan Güell, núms. 54-56

NO LO DUDE
Ningún invento ha sido mejor
Utilice PLASTINO CERAMICO en sus suelos y paredes. Sin escombros, polvo ni suciedad. Se coloca en horas. Informes RED'S, S. A. Pje. de la Concepción, 7. Teléfono 215-06-69